

Encender la palabra para ahogarse

Ya tengo el *tokonoma*, el vacío,
la compañía insuperable,
la conversación en una esquina de Alejandría.

JOSÉ LEZAMA LIMA

*S*mbuirse en la tradición literaria sin dejar de lado el homenaje, la influencia, el sentir, y con todo y a pesar de, crear el propio espacio para la hoja blanca. Desde ahí puede darse una primera lectura de *& mi voz tokonoma*, y descubrirse en el caer de la voz, en las palabras que surgen del intelecto por una causa: haber sido tocado por el poema, por la luz, por la poesía toda: ese vacío. ¿Quién bajo los libros de una biblioteca como la de Alejandría no se sentiría pequeño? Ese vacío somos, en busca de la palabra, de la idea que pueda complementarnos.

Las lecturas son el cable que se tensa para encontrar el sonido adecuado que permite ser el espejo de otros: Villaurrutia, Lezama Lima, Cortázar, quizá Wallace Stevens, por ahí algún dejo de Sábines y hasta Ernesto Lumbreras, con quienes se puede visitar las coplas infantiles o los trabalenguas (“cucú, cantaba la rana, cucú, debajo de...”; los tristes tigres del trigal, la muñeca fea en el rincón, temerosa de ser vista, etcétera), pues todo lo que va formando nuestra tradición vive y anida en este poemario como el sentir desbordado que apunta a una visión muy amplia, y es el alimento, el combustible que despierta la flama: “Anda carniza, que brille algo de tu fósforo”, dice el poeta.



Efraín Velasco Sosa, *& mi voz tokonoma*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, Conaculta, 2008, 76 p.

trigo. Pasó un caballero, vestido de negro. O que tal: "...esa vieja del otro día, día, día, día", ¿qué niño no se ha preguntado en secreto por ella? O ese bosque con su lobo feroz, aquella abuela enferma, el atajo...

Velasco lleva al lector de vuelta a la tradición infantil desde su ahora adulto, le arranca una sonrisa y se hace cómplice de él: "A cuántos llevaste al fondo de la espesura, a cuántos dejaste ahí, erectos y perdidos en el amor más vil, a cuántos lobos engatusaste con el vértigo que baila en tu canasta".

Cae la voz si nadie la escucha, cae hacia la flama del poema, hacia la luz de la hoja blanca, y ceniza ya, como punta de carbón, dibuja sus formas en el papel. Háganse los signos, signifiquen, que el poeta ha madurado las ideas, y éstas caen como frutos a la canasta del libro. Y con ese cúmulo de incendios en el vientre, el autor va por atajo hacia los lectores, ofreciendo sus racimos de fuego, incendiando las gargantas, los ojos, los sentidos: "Pues bien, hoy vengo por ti, ya es la hora, recoge tus migajas".